



UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO Facultad de Psicología

Trabajo integrador final

El juego infantil desde una perspectiva psicoanalítica

Investigación bibliográfica

Autora: Chipoloni Cinalli, Martina.

Legajo: C-5467/4

DNI: 38.902.618

Docente Responsable: Benítez, Paola.

Año 2023

1

Índice

1. Resumen.....	2
2. Introducción.....	3
3.	
Objetivos.....	5
4. Desarrollo	
4.1 El juego y el juego infantil	6
4.2 La representación de la infancia desde la perspectiva psicoanalítica.....	9
4.3 Implicancias del juego en la clínica psicoanalítica infantil.....	14
5.	
Conclusión.....	17
6. Referencia bibliográfica.....	19

1. Resumen

El presente escrito explora desde la perspectiva teórica del psicoanálisis el concepto de *juego* como constructo en la clínica infantil. Surge como principal objetivo indagar puntualizaciones realizadas por Freud en algunos de sus textos denominados técnicos, así como también la relectura y avances realizados por Lacan de los mismos, y desarrollos teóricos de Winnicott, quien ha sido pionero y es referencia de la problemática a estudiar, por último, autores contemporáneos que continúan los lineamientos de los escritores considerados anteriormente, algunos de ellos son Minnicelli, Carli, Peusner, Bloj, entre otros. En tanto que Freud (1920) observa y analiza el juego infantil como el modo en que el aparato anímico trabaja desde los momentos más tempranos de la vida, se retoman aquí ideas respecto del juego como norma en el proceso de constitución subjetiva, qué lectura clínica puede realizarse. En relación a la temática propuesta, surgen interrogantes en torno a por qué se considera importante el juego en la clínica para promover la salud mental de los sujetos en la infancia. La posición del analista se vincula a un sujeto deseante interesado en desarrollar una escucha y observación atentas que acompañen la singularidad construyendo un espacio donde puedan emerger las dolencias ajenas, con el compromiso de trabajar constantemente las propias, para oír desde el lugar más ameno y habilitador posible.

Palabras clave

Juego - Infancia - Psiquismo - Analista – Dirección de la cura

2. Introducción

El presente Trabajo Integrador Final (TIF) presentado para la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Rosario se propone tomar como tema el juego infantil desde una lectura psicoanalítica. Este tema resulta pertinente y relevante en la actualidad dado que el jugar es una actividad inherente a lo humano. De hecho, al pensar sobre esta temática es probable que aparezcan en la memoria distintas asociaciones o recuerdos de situaciones que impliquen el jugar como acto instituyente. El psicoanálisis toma el juego como constructo para trabajar con infancias, es por ello que aquí se investiga.

En este trabajo se profundiza sobre un aspecto particular de la temática: la función del juego en la clínica psicoanalítica infantil abriendo caminos posibles hacia la dirección de la cura. Para intentar responder se realizará una investigación bibliográfica a través de una lectura histórica orientada a establecer el devenir y las mutaciones en relación al juego en la clínica infantil. A su vez se destaca que la problemática permite abrir ciertos interrogantes, como por ejemplo ¿Qué supone el juego para el psicoanálisis? ¿Es posible situar puntos de encuentro entre la teorización sobre el juego que hace el psicoanálisis y su postura sobre la constitución subjetiva? ¿Cómo los autores han abordado el juego dentro del dispositivo del análisis? Y ¿De qué manera los psicoanalistas han propuesto al juego en la clínica infantil para dirigirse a la cura? Gracias a estas preguntas, también se decantan las categorías de análisis conceptual a trabajar: juego, infancia y clínica psicoanalítica.

Abordar el trabajo de esta manera, permite responder a una de las pautas del ejercicio legal del profesional en psicología, la cual considera indispensable el estudio de temáticas que permitan una revisión y actualización de métodos y técnicas de trabajo, orientando con la investigación la escritura hacia la especialidad de la Psicología Clínica, en este caso específicamente de la infancia. Dicha especialidad, tal como indica la Ley N° 9538 (1984), supone la exploración de la subjetividad; la posibilidad de realizar una orientación psi que apunte a la prevención de conflictos; y el acompañamiento a partir de diagnósticos y pronósticos que sirvan de guía para pensar actividades, técnicas e instrumentos aplicables a cada caso.

Considerando el estatuto del juego, se ubica como una operatoria imprescindible para la estructuración del psiquismo ya que el juego es una de las actividades psíquicas más complejas y presentes desde el más temprano inicio de la vida, la cual se va complejizando a medida que el sujeto se desarrolla tanto física como psíquicamente, así como el juego ira tomando diferentes formas y posiciones.

A modo de facilitar la lectura se divide el trabajo en tres apartados. En el primer apartado se indaga específicamente sobre el juego, destacando la importancia del mismo y trazando una diferenciación entre el juego y el juego infantil; en el segundo se explora cómo el psicoanálisis concibe la infancia. Y, por último, se sintetizan los aportes encontrados en los diferentes autores, sobre cómo se ha implicado el juego en la clínica psicoanalítica infantil, para concluir con algunos lineamientos sobre la función del jugar en la clínica como habilitante de la subjetividad infantil.

Teniendo en cuenta lo desarrollado hasta el momento, se sostiene como hipótesis el establecimiento del juego como condición necesaria para la clínica psicoanalítica infantil porque es a partir del jugar entre dos, como se promueve la emergencia del sujeto en pos de la salud mental, interviniendo en el sufrimiento psíquico que allí se despliega. Cabe aclarar que los contextos actuales invitan a realizar un recorrido teórico para poder identificar y trabajar con las problemáticas que puedan acudir al consultorio. Considerando que las mismas revisten de una

complejidad que desafía al profesional a interpelar y a producir un proceso de investigación de los marcos teóricos dentro y fuera de los espacios transitados en la formación académica. En este sentido, se considera imprescindible que de alguna

4

manera la lectura de autores y textos, nutra bajo una posición crítica el análisis de la problemática abordada. Así como por medio de la escritura bibliográfica se busca ampliar los saberes relativos a coordenadas que el psicoanálisis brinda para el trabajo analítico con niños y niñas, teniendo como objetivo principal problematizar el juego en la teoría psicoanalítica. Ya que la experiencia de la investigación acerca de aquello pensado por otros en interrelación con una mirada que no deja de ser propia, y que es resignificada por el lector, podrá ser de utilidad para todos aquellos estudiantes y profesionales que quieran dedicarse a la clínica psicoanalítica infantil.

5

3. Objetivos

- Objetivo general: indagar las puntualizaciones que desde el campo psicoanalítico se han desarrollado respecto al juego dentro de la escena analítica.
- Objetivos específicos:
 - Conocer cómo las situaciones lúdicas se trabajan dentro del espacio analítico.
 - Indagar sobre la posición del analista en la clínica con niños, y en el jugar dentro de la misma.
 - Explorar los modos en que puede situarse la transferencia y la demanda en la clínica psicoanalítica infantil.

6

4. Desarrollo

4.1 El juego y el juego infantil

A lo largo de la historia los niños han jugado, y dicho juego se encuentra siempre teñido por las características del contexto. Aun así, hay algo fundamental que prevalece más allá de las edades de quien juegue y de la etapa histórica en la que se encuentre, tiene que ver con la posición del niño, con el rol activo en su jugar. Es por ello que en este primer apartado se indaga sobre los argumentos que llevan a considerar el juego como aspecto importante en la vida del sujeto, explorando si existen diferencias entre juego y juego infantil. Dicha búsqueda se realiza a partir de autores como Freud, Winnicott, Klein, Marrone, con el objetivo de ubicar y diferenciar conceptualmente el juego y el juego infantil, para poder continuar pensando cómo acontece dicho juego.

La presunción que guía este primer acercamiento a la temática concibe que en todo el proceso que un sujeto lleva adelante desde la primera infancia, donde la constitución psíquica y subjetiva se estructura, el jugar es un acto vigente desde el inicio. Siguiendo a García Reinoso, G. (2020) puede situarse que el recién nacido

utiliza sus manos y dedos para estimular la zona erógena oral que prima en esta etapa y en la cual concentra su interés, que luego extenderá a otras zonas y finalmente al exterior de sí, tanto hacia personas como a cosas del mundo. De este modo se van constituyendo límites y modos particulares que se organizan a partir no sólo del lenguaje y la cultura sino también desde los bordes que ofrece la corporalidad humana constituyendo un cuerpo erógeno. Es desde los primeros reflejos con los que cuenta el cachorro humano donde resulta esperable que se reciban cuidados desde el exterior que vayan libidinizando mediante anticipaciones que bañan ese cuerpo de lenguaje, tendiendo a la construcción del vínculo filial establecido a partir de identificaciones y de un ordenamiento pulsional. Es esperable que en el devenir neurótico de los sujetos esta sea la puerta de entrada a la cultura y a la inscripción en un linaje familiar. (García Reinoso, G. 2020)

En el bebé recién nacido existe entonces un trabajo constante que tiende a instaurar una legalidad psíquica que puede leerse ya en las palabras de Freud (1986), creador del psicoanálisis:

Es que en el adulto - y en toda persona cuerda sin excepción- se ha constituido una diferenciación del material psíquico, que falta en el niño. Ha advenido una instancia psíquica que, aleccionada por la experiencia de la vida, ejerce con celoso rigor una influencia regidora e inhibitoria sobre las mociones anímicas, y que, por la posición que ocupa respecto de la conciencia y de la motilidad voluntaria, está provista de los máximos recursos de poder psíquico. Ahora bien, una parte de las mociones infantiles ha sido sofocada, como inútil para la vida, por obra de esa instancia, y todo el material de pensamientos que reconoce ese linaje se encuentra en el estado de la represión. (p.661)

Freud (1992) al observar y analizar el juego de un niño pequeño marca un claro precedente para los desarrollos y aportes subsiguientes. En el segundo apartado de *Más allá del principio del placer* escribe por primera vez sobre el juego infantil definiéndolo como “Modo de trabajo del aparato anímico en una de sus prácticas normales más tempranas” (Freud, 1992, p.14). Expone la siguiente secuencia de juego investigada por él mismo: al niño, la partida de la madre no podía resultarle placentera, sin embargo, no expresa melancolía alguna frente al hecho en lo inmediato, reproduciendo entonces mediante el juego, el momento de desaparición y aparición de su madre. Supone entonces que transita de ese modo las emociones que le generó la situación, pudiendo no solo exteriorizarlas sino a su vez inscribirlas y ligarlas

7

haciéndolas parte de sí mismo. En este sentido, el jugar permite, por un lado, la evitación del displacer y, por otro, la elaboración de secuencias que el niño ya haya vivido como desagradables, transformándolas en una vivencia donde aparece el sujeto con un rol activo que le permita controlar y participar en la situación, ser de algún modo totalmente protagonista. Observa y analiza el logro cultural que se entrama en estas operaciones mediante las cuales el sujeto conserva el placer, resignando quizás una parte de ello únicamente a cambio de otra que también lo sea, a pesar de no ser la original. Este logro cultural que se entrama en estas operaciones mediante las cuales el sujeto se asegura cierto monto de placer implica una renuncia pulsional que, frente a un mundo exterior que puja por inscribir en el devenir del sujeto determinados parámetros de conducta, negociando con el exterior sus deseos e impulsos interiores, acaba por reprimir aquellos que no admite, tanto por el entorno social como por su realidad psíquica interna. Freud (1992) nombra como *Fort -se fue- Da -acá está-*, el desaparecer y volver al que jugaba el niño de 18 meses que observó e investigó durante algún tiempo. Actividad que, si se observa, es repetida casi de manera

universal en la infancia y la niñez, claro que no siempre con las mismas palabras, teniendo en cuenta además que los contextos como los objetos varían. Lo que podría afirmarse que se repite es el *Fort-Da* como modalidad de juego, del hacer desaparecer y volver. Ahora bien, sus investigaciones le permitieron avanzar hacia este *Más allá del principio de placer* planteando que algunas veces no sólo se tiende a la reaparición del objeto con el que juega (y que representa a la madre en este caso) sino que es además una escena que repite la escena traumática, la pérdida, ya que en ocasiones no se actuaba el reaparecer del carretel que el niño utilizaba sino sólo la desaparición. Lo que no se modifica es la idea de que aquellas vivencias que impresionen a los niños, requieren trabajo y procesamiento psíquico. De este modo, lo que expone como *Fort-Da* modifica el paradigma que venía trabajando, ya que no sería el principio de placer quien rige la vida anímica sino que, en el devenir subjetivo, se encuentra presente la pulsión de muerte. Es decir que en ciertos momentos el funcionamiento del aparato psíquico no se encuentra al servicio del placer sino que tiende a iniciar un recorrido que culmine en el estado inicial de no organicidad.

La ausencia asegura, en términos lógicos y no cronológicos, la presencia de determinado elemento. Y a partir de allí puede éste a su vez faltarle, permitiendo que el niño construya algo novedoso frente a lo que se le ofrece desde el exterior. A su vez se va admitiendo la existencia de objetos y personas no-yo, permitiendo una separación entre el sujeto y el mundo. “Ahora bien, discernimos una condición para que se instituya el examen de realidad: tienen que haberse perdido objetos que antaño procuraron una satisfacción objetiva <real>.” (Freud, 1992, p. 256).

Por otra parte Klein (1955) comenta:

[...] Me guiaron siempre otros dos principios del psicoanálisis establecidos por Freud, que desde el primer momento consideré como fundamentales: la exploración del inconsciente es la tarea principal del procedimiento psicoanalítico, y el análisis de la transferencia es el medio de lograr este fin. (p.3)

Para lograrlo desarrolló la técnica del juego en niños pequeños bajo la premisa de que era en esa actividad donde desplegaban sus mayores fantasías y ansiedades. También concibe que lo que el adulto expresa verbalmente mediante la asociación libre, el niño lo hace jugando, por lo tanto la interpretación y comprensión de esas fantasías, diálogos, emociones, ansiedades, inhibiciones y experiencias expresadas en el juego, serían la clave que propone la autora para la clínica psicoanalítica infantil, la cual sostiene como posible. (Klein, 1955)

Por otra parte, Winnicott (1972) ubica el jugar ligado a la creatividad y teoriza en relación a los conceptos de objetos transicionales y fenómenos transicionales, designando la zona de experiencia intermedia entre el propio cuerpo con sus zonas erógenas, y los objetos exteriores y verdaderas relaciones de objeto. El juego aparece

8

en un lugar potencial que no es ni el interior del niño ni totalmente el exterior, esa potencialidad permite que el niño o la niña desplieguen, con las herramientas que poseen, fantasías e interacciones con el medio circundante en esa zona que no llega a ser ni propia ni ajena, ni interior, ni exterior. Puede reconocerse que este espacio transicional es una experiencia o sitio en el cual justamente no importan los objetos per se, ni su fin o funcionalidad, sino que el material a interpretar estará relacionado a cuál es el uso, la funcionalidad y las propiedades que ese sujeto en particular le da o les atribuye. Al comienzo, la presencia misma del objeto no asegura que haya una clara diferenciación entre sí mismo y el mundo exterior, por el contrario, hay límites muy difusos que poco a poco van definiéndose. Lo importante es que algo del orden del no-yo vaya surgiendo en la experiencia, y esto se da a partir de la presencia de un

objeto y la capacidad del infante para instaurar poco a poco ciertos límites. De allí que no se puede establecer con ejemplos qué es realmente lo que debe suceder, porque no hay algo universal en estos acontecimientos sino que dependerá de cada situación y sujeto; de cada “entre” de mundos internos y externos, y las distintas secuencias y pautas de conducta que se produzcan allí. Lo que se sitúa como común podrá ser la introducción de la objetividad. En relación a esto, Winnicott (1971) menciona:

Es cierto que un trozo de frazada (o lo que fuere) simboliza un objeto parcial, como el pecho materno. Pero lo que importa no es tanto su valor simbólico como su realidad. Que no sea el pecho (o la madre) tiene tanta importancia como la circunstancia de representar al pecho (o a la madre). (p.5)

Desde este punto de vista, siguiendo las puntualizaciones del autor en el texto *Realidad y juego* (1972), serán los objetos transicionales aquellos que permitirán que el sujeto se desarrolle desde un mundo mayormente subjetivo, hasta la incorporación de lo diferente de sí mismo. Dicho recorrido puede ser situado abarcando la niñez y la infancia, hasta los 8 a 12 años aproximadamente. Esto demuestra que es necesario separar conceptualmente el juego del juego infantil, ya que las condiciones y los recursos que se encuentran durante el tiempo señalado sufren modificaciones considerables. Por ejemplo, se alcanza a separar la fantasía de la realidad y lo simbólico de la objetividad, características que tendrán consecuencias en los modos de juego y en los intereses de los niños y niñas, así como también en los adultos. Es posible pensar nuevamente que el juego infantil sería una forma de concebir la asociación libre que puede realizar el sujeto en esa etapa de la vida dentro de la clínica psicoanalítica infantil, a diferencia del adulto que, si bien es posible que juegue, esto aparece de otras maneras, además, su simbolismo viene a presentarse en el espacio analítico mayormente como comunicación verbal. Una de las razones para que dichas transformaciones se lleven a cabo, tiene que ver con que durante el desarrollo y crecimiento se van abandonando formas más instintivas del juego, si se quiere, para ir adoptando otras influenciadas por los modos sociales y culturales de comunicación y comportamiento. Es por esto que las cuotas de fantasía y creatividad pasan a recortarse en gran parte ya que el principio de realidad surte sus efectos. Hay comportamientos adultos que pueden leerse como juego, travesuras donde ponen a jugar con el otro semejante algo del orden de lo lúdico, sin embargo, responde a intereses objetivos y tendencias totalmente diferentes a la del juego infantil que pueda exponer ante la mirada de un analista un niño o niña. (Winnicott, 1972)

A partir de lo propuesto por Marrone (2019), y siguiendo en la línea de los desarrollos psicoanalíticos de la clínica infantil puede situarse que las experiencias lúdicas ponen en movimiento la operación mediante la cual el sujeto se constituye. Es decir, cuando un niño juega pone a disposición una estructura ficcional que le permite actuar un como sí produciendo una escapatoria frente a lo aplastante que puede ser lo *real*, entonces esa escena lo alivia, porque recorta, acota y enmarca algo de lo pulsional. En esa escena, el niño produce imágenes que luego pierde a medida que avanza el juego, para luego construir otras. Puede decirse que no todo es evitación del

9

displacer, sino que se instituyen operatorias para poder sostener el vacío que posibilita el deseo, apuntalarlo para que no se tapone este modo de desear neurótico, ya que de lo contrario llevaría a momentos más angustiantes y problemáticos. En este sentido se piensa al juego con la misma estructura que se piensa el fantasma neurótico: como una operatoria que permite velar lo *real*, en el sentido de hacer soportable el vivir desde una construcción subjetiva.

Que exista la posibilidad de jugar representaría en sí mismo cierta legalidad, y

a medida que las características del juego van modificándose con el crecimiento, va permitiendo ampliar los recursos psíquicos del niño o la niña. Sucede que el modo de juego que un niño exprese, habla de él mismo, de sus operaciones más íntimas puestas allí en una expresión artística, y si sucede en análisis, puesta también bajo la atenta mirada del analista. “Si existe la posibilidad de que se establezca cierta estructura de ficción, se puede decir que hay ‘juego’ y esto quiere decir algo para la estructura” (Marrone, 2019, p. 27).

Los dichos de la autora permiten deducir que el juego infantil encuentra asociado a instancias de estructuración psíquica y subjetiva, lo cual colabora con la idea de separar el juego del juego infantil. Durante el tiempo que se ha definido como niñez y primera infancia, puede encontrarse este modo de operar en y con la realidad. Si eso sucede, el sujeto se apropia de aquello que puede dominar, así como también de lo que no le pertenece enteramente. Poco a poco participará activamente accionando en su medio e interactuando a través de la actividad que se define como lúdica.

En relación a lo mencionado, puede considerarse que el objeto cuenta con cualidades objetivas que clausuran y condicionan la apropiación que un sujeto puede hacer, empero, no limita ni agota todas las posibilidades. Es en ese entrecruzamiento entre lo que efectiva y materialmente un objeto es, y lo que potencialmente puede ser, donde el sujeto despliega y expresa sus más íntimos deseos pulsionales. No es menor mencionar que la fantasía, espontaneidad e imaginación tienen en esta etapa de la vida gran participación y un despliegue pleno, las cuales habilitan la edificación del juego y éste a su vez permite la construcción de una estructura que soporte la ficción, y a su vez, vele lo real. Lo pulsional se menciona aquí como algo del narcisismo que se debe ir flexibilizando, y en el juego se dispone la posibilidad de reducir el goce que excede muchas veces lo que se puede soportar en tanto sujetos, la posibilidad de generar una nueva imagen, una nueva forma. (Marrone, 2019)

Según los autores mencionados se sitúa el juego inherente al mundo en el cual el niño o niña constituye su psiquismo y subjetividad. A partir de esta interacción constante entre su mundo interno y la realidad exterior se van complejizando tanto los modos de actuar en el medio circundante como su organización pulsional. El juego se constituye como la actividad espontánea y esperable que durante la infancia exterioriza esos procesos. Dicha actividad demuestra las conquistas alcanzadas y, a su vez, estas motivan al niño para comprender tanto el mundo que lo rodea como el que se erige sobre sí mismo. (Winnicott, 1942)

4.2 La representación de la infancia y la constitución subjetiva desde la perspectiva psicoanalítica

En este apartado se explora por un lado el concepto de infancia como un constructo que puede ser deconstruido; así como por otro se trata de hacer una breve exposición sobre los aportes del psicoanálisis sobre la constitución psíquica, tomando autores tradicionales como Freud y Lacan, pero también desplazando la mirada a otros que han tomado sus aportes en el psicoanálisis de la actualidad, como Minnicelli, Marrone, Bloj, entre otros para hablar de la infancia.

La infancia en tanto significativa, no siempre remitió a un mismo significado. Bloj (2005) argumenta que para la sociedad del siglo XVIII la niñez era importante en

tanto formación de futuros ciudadanos, eran mujeres y hombres en miniatura ejercitando el modo de actuar de la sociedad adulta o vistos incluso como seres celestiales enviados por *Dios* a la tierra. En consecuencia, los juegos propios de la

infancia eran pensados desde ese lugar, como un medio agradable para inculcar a niños y niñas las pautas de educación deseada por medio de la figura de la nodriza e institutriz. La figura de la nodriza se representaba por mujeres que cobraban por ocuparse de la alimentación y crianza de una gran cantidad de infantes, muchas de las veces hasta su adolescencia. Es decir, que lo maternal estaba corrido de la figura de la madre biológica, justificado en gran medida por la creciente mortalidad infantil que hacía que la madre tomara distancia de sus hijos hasta que se demostrara suficientemente que el mismo iba a vivir. En consecuencia, las nodrizas se convertían en referencias para los niños y niñas; aunque no siempre de forma amorosa o libidinizante ya que las condiciones no siempre eran favorables, es decir que en muchos casos no estaban totalmente disponibles para alojar al infante en el lugar de la falta.

Pasado cierto tiempo, la sociedad comenzó a destacar las consecuencias negativas que implicaba el desplazamiento de la madre a la nodriza y desde el Estado se comenzó a organizar toda una propaganda para que sean las madres biológicas las que obtengan su rol principal en la crianza, libidinizando a esos niños y dándoles un lugar, es decir que sean ellas desde sus cuerpos gestantes quienes realicen los cuidados personales de los bebés y los introduzcan en el universo simbólico de la cultura. De este modo se consolidó con más fuerza la idea de amor maternal ligada a lo natural e instintivo confluyendo, en este sentido, con el paso de la edad moderna a la contemporánea. A partir de las décadas del 60' y el 70', se configura además un nuevo imaginario sobre la infancia a partir de diferentes aportes teóricos, entre ellos, el psicoanálisis. Gracias a la incipiente teoría de la *universal sexualidad infantil* promulgada por Freud en 1900, la infancia es pensada desde otra perspectiva, desde el autoerotismo, el narcisismo, las zonas erógenas y la función de los objetos parentales como aquellos que lo sexualizan y lo introducen en la cultura. Todo ello atravesado por una fuerte producción capitalista en la cual "Los niños se tornan objetos del mercado, de los medios masivos y de la publicidad" (Carli, 1999, p. 27).

Todo esto se destaca en las imágenes clásicas de cada época, en cuadros y carteles. En ellos existe un cambio importante en relación al infante y a las actividades que allí se reflejan, así como también la vestimenta y actitud. Por ejemplo, en la edad moderna se representaba a los infantes como adultos en miniatura o como ángeles desnudos e inocentes; mientras que a comienzos del siglo XX, en la contemporaneidad comienzan a aparecer ilustraciones de madres con sus hijos de una forma más cariñosa y sexualizada en la que se incluye el juego entre ellos y su interacción con juguetes fabricados por la industria (Bloj, 2005). En relación a lo mencionado, Bloj (2005) refiere a una obra de Picasso realizada en 1906, diciendo:

Retrata dos niños desnudos que se representan ya como sujetos sexuados de un modo más cercano a imágenes como la del joven efebo de la antigua Grecia. El niño ya no es un angelote desnudo. La sexualidad infantil por esta época va adquiriendo espacio en la representación de la niñez. Por la misma época (1905), Freud publica Tres Ensayos de teoría sexual, en el que abre a un diverso de representaciones respecto de la niñez sexuada. (p.3)

A principios del siglo XX, la opinión popular consistía en que la sexualidad "faltaría en la infancia y advendría en la época de la pubertad" (Freud, 1992, p.123). Sin embargo, Freud (1992) se posiciona críticamente respecto a esta premisa socialmente instalada y la encuentra colmada de errores. Entonces, estudia y enuncia lo que acontecía efectivamente durante los primeros años de vida colaborando con la construcción de sentidos sobre las infancias desde el campo del psicoanálisis y para

dar cuenta de ello escribe *Tres ensayos de teoría sexual infantil* (1992) con la que se comienza a pensar la constitución psíquica en relación a la sexualidad. Es decir, según los aportes del psicoanálisis tradicional, la existencia de la pulsión sexual, como agencia representante psíquica que parte del interior del aparato anímico en la infancia y que tiene el carácter de *ley*, se inicia desde los primeros momentos de cualquier sujeto en el mundo. A propósito de esto, la existencia de la pulsión sexual toma forma en diferentes partes del cuerpo que van siendo libidinizadas por los cuidados parentales, llamadas zonas erógenas. Algunas zonas toman primacía en diferentes momentos de la constitución en los que Freud (1992) ubica fases libidinales: fase oral, fase sádico-anal y fase fálica, destacando que desde el inicio el niño es un perverso polimorfo debido al autoerotismo. Es el chupeteo la primera manifestación sexual infantil ya que no está dirigido hacia otra persona, sino que el objeto es el cuerpo propio.

Considerando las teorizaciones freudianas, que escribe aproximadamente entre 1900 y 1920, se sintetiza que durante la fase oral el niño no reconoce entre yo y no-yo, para ello adviene una nueva acción psíquica con la que el yo se forma y se desarrolla, tomándose a sí mismo como primer objeto de amor. Esto constituye la entrada a la fase sádico-anal propia del narcisismo primario, la identificación primaria, la ambivalencia reforzada y las mociones crueles y destructivas. En etapas subsiguientes, el sujeto se encuentra en posición de salir de esta fase de ensimismamiento y dirigirse hacia otros objetos que en este momento de la vida lo configuran quienes han proporcionado los cuidados frente al desvalimiento físico del nacimiento, es decir, los objetos parentales. En palabras de Freud (1992) “un fuerte egoísmo preserva de enfermar, pero al final uno tiene que empezar a amar para no caer enfermo, y por fuerza enfermará si a consecuencia de una frustración no puede amar” (Freud, 1992, p.82).

En el recorrido subsiguiente, continúa la fase fálica, donde Freud (1992) señala que el niño toma como objeto de amor a estos objetos parentales empezando toda una rivalidad edípica que culmina en el caso de la neurosis. Esto implica la obediencia al mandato de la castración que impone la ley y la introducción del infante en la cultura gracias a la represión primaria que provoca amnesia infantil y la instalación del período de latencia que suele durar hasta los 7 u 8 años. Esto permite que de los años por ella cubiertos solo se recuerden unos *jirones incomprensibles* pero no por ellos menos significantes para la vida anímica. Por el contrario, estos años son determinantes en el desarrollo del sujeto pulsional. Durante este período en donde se sofocan de manera parcial o total mociones de índole sexual inherentes a la infancia, se erigen los poderes o diques anímicos de asco, sentimiento de vergüenza y reclamos ideales en lo estético y lo moral a modo de formaciones reactivas. Además, una de las operaciones que permite la desviación de usos sexuales hacia diversos fines es la sublimación, mecanismo psíquico que, en otras palabras, permite dirigir impulsos de origen erótico hacia otras actividades que pueden ser artísticas o educativas, entre otras. Constituyen renunciaciones pulsionales que pueden valorarse también como logros culturales. En palabras de Freud (1992):

De tiempo en tiempo irrumpe un bloque de exteriorización sexual que se ha sustraído a la sublimación, o cierta práctica sexual se conserva durante todo el período de latencia hasta el estallido reforzado de la pulsión sexual en la pubertad. (p.162)

Al encontrarse con este estallido sexual de la pubertad el sujeto no elige su objeto sexual, sino que se reencuentra con él, en tanto se observa un resurgimiento de la sexualidad infantil de los primeros años de vida.

Toda esta teoría sobre la constitución psíquica y la sexualidad desarrollada por Freud es releída y repensada por Lacan, muchas veces realizando retornos y avanzando en la misma dirección. Interesa retomar aquí *El estadio del espejo como*

12

formador del yo (2009), la categoría de la falta y con ella la función del Otro desde *La angustia* (2018), *Las psicosis* (2013), entre otros. A partir de esos escritos se considera que la irrupción de la cultura y el lenguaje en un cuerpo que al comienzo manifiesta necesidades fisiológicas del orden de lo urgente que el medio exterior debe proveer, no es nada simple. Quienes realizan estos cuidados desde un lugar amoroso otorgan significaciones a las expresiones del bebé y anticipan procesos como, por ejemplo, la unificación del cuerpo. Por consiguiente, desde la operación de lectura propia de Lacan, se constituye un sujeto en y del lenguaje, dividido, escindido, y por lo tanto pulsional. Dado que se va configurando al mismo tiempo el espacio de la singularidad, algo podrá surgir como nuevo de esa simbiosis inicial conformada por el bebé y quien lo cuida y aloja como sujeto deseante.

Iniciada la vida hay transmisión, apropiación, transformación y un recorte particular de la trama ficcional que ofrece el adulto y permite situar un sujeto cuyo aparato psíquico leer desde los aportes psicoanalíticos y cuya producción de subjetividad se encuentra marcada por procesos históricos. El mundo son los discursos que construyen los sujetos y que circulan incluso transformando la realidad, y esto preexiste a cualquier nacimiento. Siguiendo a Lacan (2018) lo que inicia con la existencia es la posibilidad de montar a una nueva escena las cosas del mundo. Entonces, no sólo hay significaciones que se le adjudican a la infancia y a partir de las cuales infantes se constituyen, sino que también debemos leer las novedades que plantean en ese proceso de retroalimentación constante, qué resoluciones creativas proponen los sujetos frente al mundo.

Si se piensa en la construcción de una casa, al iniciar el proyecto se cuenta con los distintos materiales y diseños, y es un proceso ir eligiendo cuales se van a utilizar. Frente al infante también se ofrece un mundo significativo del cual debe elegir y a su vez afirmar dentro de sí, para que ingresen en el proyecto de su constitución psíquica ciertos elementos, y de su organización dependerá la funcionalidad final.

Considerando los seminarios *Las psicosis* (2013), *La angustia* (2018) y *El Sinthome* (2018), son tres los registros que Lacan ubica para dar cuenta de la complejidad que reviste al sujeto y su constitución psíquica, el registro simbólico, imaginario y real, y plantea que están anudados de tal manera que es posible conocer lo más singular del sujeto. Los registros refieren, respectivamente, a los tres modos en los que el sujeto se constituye desde el lenguaje, la imagen y aquello que de ninguno de estos registros puede ser representado. Lacan en 1955 propone la Behajung como afirmación primordial que da origen a la simbolización del sujeto. Ese inicio de la cadena significativa puede obtener diferentes destinos como condensación, represión, negación o incluso puede ocurrir que algo del orden de lo primordial simbólico no ingrese en la simbolización, o sea expulsado. Dicha operación psíquica implica a su vez que algo de lo admitido o afirmado por el sujeto sea simultáneamente rechazado marcando una huella de ausencia de una presencia que esté en otra parte, lo cual habilita al sujeto a la búsqueda y el despliegue subjetivo. (Lacan. 2018)

En su texto Freud (1992) escribe que es la función del juicio la que permitirá por un lado atribuir, o no, propiedades que definan si determinada percepción será incorporada o desacreditada, y por otro, hacer el camino inverso de reencontrar representaciones de percepciones en la realidad.

La oposición entre subjetivo y objetivo no se da desde el comienzo. Se establece porque el pensar posee la capacidad de volver a hacer presente,

reproduciéndolo en la representación, algo que una vez percibido, para lo cual no hace falta que el objeto siga estando ahí afuera. (Freud, 1992, p. 255)

Asimismo, siguiendo los lineamientos de Lacan (2018) sobre la constitución del sujeto en el campo del Otro tomando de las matemáticas el modelo de la división se dirá que nombramos Otro en referencia a un lugar, aquel que líneas arriba se menciona en relación al lenguaje, lo simbólico, quien introduce los primeros sentidos.

13

Se supondrán como castrados tanto al Otro como al sujeto, encontrando de dicha operación una hiancia, un resto que a su vez actúa como causa de deseo, lo que se conoce como “la invención del objeto a”. En el seminario *La angustia (2018)* se puede leer que la erótica, el deseo, atraviesan todo el desarrollo. Es por eso que, al pensar sobre la operación de constitución del sujeto en el campo del Otro, se introduce la noción del duelo como constitutiva e inherente a dicha operación.

En segundo lugar, el registro imaginario Lacan (2009) lo piensa a partir de su retorno al escrito freudiano *Introducción al narcisismo* en el cual se menciona una nueva acción psíquica dentro del desarrollo libidinal del sujeto. Plantea que esa expresión refiere a la identificación con el otro primordial, actividad que le permite al sujeto salir de esa simbiosis inicial para dirigir su amor hacia un objeto que no es él mismo, identificándose a su vez con una imagen que lo humaniza, lo introduce en la estirpe, el linaje. En *El estadio del espejo como formador del yo* sitúa que entre los seis y los dieciocho meses el niño vivencia aquella experiencia que destaca como lúdica y que le concede el poder de asumir una imagen especular de completud y anticipación. Lacan (2009) lo presenta del siguiente modo:

[...]Matriz simbólica en la que el yo [je] se precipita en una forma primordial, antes de objetivarse en la dialéctica de la identificación con el otro y antes de que el lenguaje le restituya en lo universal su función de sujeto. (p. 100)

Se considera que esto reviste plena importancia clínica ya que testifica y evidencia biológicamente que la imagen especular actúa como bisagra entre el sujeto y el mundo, permitiendo la construcción de formas que brindan sensaciones de totalidad teniendo a su vez efectos psíquicos estructurantes y satisfactorios. Pensar la infancia desde aquí es entenderla en términos de primeras operaciones psíquicas que construyen subjetividad atravesadas por la presencia indiscutible del lenguaje que inaugura dichos procesos. Infancia y lenguaje no se distinguen en este punto, sino que se ubican como inseparables e imprescindibles para el sujeto. Luego de todo este trabajo psíquico, el sujeto de alguna manera lograra comenzar a *jugar el juego*.

Como se puede observar a lo largo de este apartado, la figura del niño o niña en su interacción con el adulto han atravesado diferentes significaciones de acuerdo a la época en la que habitan y a los contextos sociales, religiosos y económicos. Y cabe aclarar que no son los niños los que se significan a sí mismos, si no que dependen de la imagen que les ofrecen los adultos quienes brindan significación para que las generaciones subsiguientes se apropien de ellas y habiten las infancias que cada época ofrece y en relación a ello Minnicelli (2013) expone:

Es el adulto el responsable de sostener las condiciones de posibilidad para las operatorias subjetivas de inscripción de la ley en la cultura. Es el adulto el que da lugar a los nuevos en la fiesta de la vida, que siempre estará empezada cuando un niño nace, y siempre continuará cuando debamos abandonarla.

(p.7)

Es decir, que no existe la infancia como representación unívoca, sino infancias signadas por procesos sociopolíticos en donde “cada niño y cada niña asumirá, como pueda, las diferentes posiciones que le han sido asignadas” (Giberti, 2001, p. 1). En este sentido, en muchos ámbitos se sigue insistiendo con el objetivo de lograr una conceptualización acabada de lo que se entiende por infancia, sin embargo tanto Bloj (2005), como Giberti (2001), como Minnicelli (2013), suponen que termina siendo un constructo totalmente escurridizo que escapa a los intentos de convertirla en una sustancia o una esencia, pero la infancia resiste al propósito de ‘colocarse en un museo’ y puede ser entonces deconstruida.

Se sitúa que el modo en el que se ofrecen infancias a los niños y niñas de una cultura depende de aspectos ideológicos, políticos, sociales y económicos. Además,

14

dichas significaciones de época serán las variables que determinarán las producciones de subjetividad, dando lugar a sujetos históricamente situados. Por otro lado, la constitución del psiquismo con sus leyes y operaciones más estables que se recorren particularmente desde la obra de Freud y Lacan, en tanto implica un concepto puramente psicoanalítico.

4.3 Implicancias del juego en la clínica psicoanalítica infantil

Para hacer mención al tratamiento de la infancia en el marco de la clínica psicoanalítica, es necesario preguntarse por la posición del analista como diferente de la noción de complementariedad respecto del analizante. Esto, entre otras cosas, posibilita derrumbar el anhelo de coincidencia entre la teoría y práctica clínica. Si bien se considera indispensable la investigación sobre la temática, reconocer que no hay verdades ni respuestas preestablecidas de antemano y suspender las generalizaciones y universalizaciones permitirá dar paso al *caso por caso* y a la contingencia. Del lado del analista se ubica entonces el deseo de analizar cómo cada cuerpo singular ha sido tocado por la palabra. En el caso de la clínica psicoanalítica infantil esto se leerá a través del juego.

Frente a la pregunta acerca de uno de los fundamentos del psicoanálisis, a saber, la transferencia, Porge (1990) dirá que sí es posible en tanto el analista se constituya como *buen entendedor*. Aquí es necesario preguntarse de qué es buen entendedor el analista y la respuesta refiere al modo en que los niños hablan dirigiéndose a un personaje que en cierto modo no se encuentra en escena, pero al que indirectamente se dirige. Es probable que cierta ruptura de este entendimiento sobre las figuras parentales haya sucedido, ante lo cual, se solicite el análisis con el objetivo de descifrar un supuesto saber que el niño posee y los adultos desconocen. Es por ello que el analista ubica la posibilidad del vínculo terapéutico transferencial en ese lugar, el lugar de la novela familiar del niño. Respecto a la forma que toma la mencionada transferencia, Porge (1990) menciona que:

Es una transferencia indirecta que aspira a sostener la transferencia sobre la persona que de entrada se reveló inepta para soportarla. Es además una transferencia indirecta contemporánea al establecimiento de un lazo de transferencia sobre un progenitor en el mismo momento en que éste último desfallece. [...] Propongo llamar a esa transferencia particular, la que se trata con el analista, una transferencia a la cantonade. (p. 75)

Al sostenerse esta transferencia dentro de una escena lúdica que se constituye

a partir de que el niño acude a la consulta a jugar y no a analizarse intencionalmente, puede pensarse diferente el circuito del saber. El niño no demanda un saber al analista, sino que busca un espacio de juego, y a partir de allí se constituye el dispositivo. Al abrir las puertas del análisis a las infancias, se inauguran inevitablemente situaciones lúdicas con características que serán acorde a cada sujeto infante que acuda, así como también al dispositivo que se instituya entre ambos. En relación a esto, Peusner (2006) propone tomar posición sobre distintas operaciones que integran el dispositivo analítico con niños. Una cuestión relevante tiene que ver con pensar a quién le habla el niño que llega al consultorio y, siguiendo lo trabajado por Lacan el autor sitúa que los niños hablan *á la cantonade*, proponiendo una especie de conexión con la simulación teatral donde, quizás, desde la corporalidad no se dirige a otro, sin embargo, este discurso se convierte en tal a partir de la interpretación de quien lo oye. Ese destinatario, a quien quizás no se apela como interlocutor en términos de esperar una respuesta, es quien oye aquellas palabras y esto lo convierte inevitablemente en destinatario. Este lenguaje infantil requiere de ambos actores para constituirse como tal, de lo contrario se convierte solamente en un monólogo. En esa

15

frescura que proponen las infancias en la superficie, habitan las más íntimas realidades subjetivas sobre las cuales el analista irá inevitablemente interviniendo. La historia que el niño construye a través de las distintas formas de lenguaje van permitiendo que la figura del analista interceda en su relato, que proponga cortes para el sufrimiento. Esto a su vez posibilita una posición del analista como interpretante. El autor plantea una lectura que se basa en suponer las interpretaciones e intervenciones como el *costo* que se ubica del lado del analista, que es quizás el más difícil de capturar ya que está en relación a la pérdida del control de lo dicho. Y se extiende la cuestión del decir y la palabra hasta las acciones o inflexiones de la voz. Es que, de algún modo, todo en cuanto el analista haga será elevado al nivel de interpretación, y viceversa. Si bien suele hacerse la diferenciación de que los niños llegan en general al consultorio *llevados por otro* y el adulto parece voluntariamente acceder, propone que dicha suposición es un error ya que tanto el niño como el adulto que acuden a análisis deberán construir la demanda. Y en ese proceso claramente participa el analista, de lo contrario no habría transferencia posible. Una vez establecido un vínculo transferencial, que en el caso de las infancias puede pensarse en relación a despertar cierto interés en el niño para que el siguiente encuentro quiera volver, quizás logrando vincularse con fibras íntimas de su narcisismo, si es que el juego y el lenguaje que nos propone lo habilita. (Peusner, 2006)

La apuesta es a leer el juego en su estructura de lenguaje, interviniendo al igual que se hace con los adultos desde el lenguaje verbal. Baraldi (2005) subraya el trabajo que implica en un niño la posibilidad de jugar. Reconocer la presencia de esta capacidad o su impedimento permitirá observar si se encuentra en construcción una posición subjetiva o, por el contrario, se halla capturado por el Otro en tanto objeto. Sostiene que uno de los elementos que permitirá afirmar si la actividad lúdica se encuentra o no presente en el niño es la enunciación de palabras que otorguen significación y que cubran de sentidos a los objetos con los cuales se relaciona en el marco de una escena ficcional particular en la cual pueda ingresar, actuar un *como sí*, y salir de allí para construir otra ficción. La *repetición* es otro de los elementos destacados ya que le permite al niño la elaboración de situaciones traumáticas que podrán reelaborarse tomando diferentes vías, siendo que existe en esta etapa de la vida una primacía del principio de placer que rige la vida psíquica y lucha por sostenerse a pesar de los oleajes de la vida. (Baraldi, 2005)

Considerando los lineamientos de la autora, llegan a solicitar un espacio terapéutico tanto niños que despliegan la habilidad lúdica sobre la cual irá

interviniendo el analista, como también otros que presentan algún impedimento, y para abordar dicho trabajo Baraldi (2005) argumenta:

En el campo del orden subjetivo se trata de que el director del juego sea su propio protagonista ya que es él y sólo él quien sabe qué debe tramitar en cada momento. Los psicoanalistas entonces, lejos de conducir el juego, maniobramos para auspiciarlo en su advenimiento, para lo cual se torna imprescindible conocer en qué punto éste se ha detenido. (p.32)

El concepto de *objeto transicional* que se ha considerado a partir de la teoría de Winnicott (1971) se presenta como herramienta para analizar si la actividad desplegada por el sujeto en el marco del dispositivo analítico se encuentra mediada por la falta. Es decir, para que el niño pueda posicionarse como sujeto y distanciarse de la posición de objeto produciendo escenas lúdicas en las cuales sea protagonista y creador utilizando los objetos a conveniencia de sus deseos, ha sido necesaria una figura que, teniendo un deseo que antecede incluso al nacimiento del niño pero respecto de él, corra la mirada hacia otro lado, no de manera poética sino operativa ya que eso habilita a que circule la falta y que el niño pueda distanciarse y habitar las ausencias. En relación a esto, Baraldi (2005) sostiene que lo que allí se define es la

16

capacidad de simbolización, y para ello es indispensable un deseo que aloje y no que clausure el devenir subjetivo, ya que:

El Otro escribe en el cuerpo del niño y según sea su tinta producirá un sujeto que lo habite o, a la inversa, una caverna clausurada. Interviniendo durante el hacer de la escritura podremos operar sobre las frases, los puntos, y las letras que allí se gestan. Una vez que ésta fue impresa, su irreversibilidad es casi un hecho. (p. 57)

En síntesis, para Baraldi (2005) comprometerse con la clínica infantil desde una perspectiva psicoanalítica implica considerar el juego como actividad inherente a lo humano pero no por ello simple, sino como *modalidad de trabajo* del aparato anímico. Es decir, es el trabajo de elaboración que lleva adelante el infante durante la constitución de su psiquismo dando lugar a procesos subjetivantes. Para investigar las formas en las que un sujeto representa y se relaciona con los objetos que lo rodean, el Fort Da resulta necesario ya que brinda elementos para analizar la posición del niño en relación al deseo del Otro, observando la capacidad de sublimación y sustitución, y la representatividad de los objetos. Es a través del jugar como los niños van apropiándose de las tramas y marcas particulares de su historia y, a través de ello logra subjetivarlas. Para el analista, distinguir si un niño cuenta o no con la capacidad lúdica, constituye un punto de partida para intervenir. Por un lado, si esta capacidad puede desplegarse, intervendrá sobre ese material participando del juego y formando parte de las escenas que el niño construya en el contexto de análisis. Por otro lado, si el niño no cuenta con esa posibilidad de despliegue lúdico y subjetivo, el analista podrá promover y habilitar un marco ficcional, con elementos que haya situado en relación a acontecimientos o circunstancias que estén siendo traumáticas y puedan estar impidiendo los procesos de subjetivación, con el objetivo de habilitar a que vuelva a tomar el protagonismo y control. Colaborar con el montaje ficcional aparece como un camino posible para que emerja un sentido con el que sea más tolerable vivir. (Baraldi, 2005)

17

5. Conclusión

Al psicoanálisis le ha interesado la infancia desde el momento mismo de su creación, aunque no ha sido su objeto de estudio primordial. Freud se interesó por la infancia porque casualmente se encontró con un niño y su juego, entonces empezó a teorizar. Su teoría ha posibilitado grandes e importantes estudios sobre la infancia, la sexualidad y el jugar. Se destaca también la labor de Winnicott quien, con sus estudios acerca del juego ubica conceptos fundamentales como *objeto y fenómeno transicional*, inaugurando un modo de pensar las articulaciones entre el sujeto y la cultura, brindando a su vez al dispositivo analítico herramientas para pensar las particularidades del juego.

El juego infantil se constituye como constructo clínico psicoanalítico, y a partir de él se ha podido acceder a la realidad psíquica de las infancias y a una posible dirección de la cura. El niño, que habla *á lacantonade* y mediante acciones que pueden incluir la repetición de situaciones experimentadas, o diferentes representaciones y significaciones que se expongan al analista, se ofrece para que se vaya estableciendo ese espacio transicional, ese *entre* él y el analista, donde esos signos puedan ser leídos atendiendo la singularidad desde el contexto en el cual emerge. Es decir, si bien existe en el niño la espontaneidad que abraza cierta asociación libre, no todo el jugar infantil será analizado. Entre otras razones, porque quien construye el dispositivo junto al niño es otro sujeto. Al igual que en el adulto podemos encontrar el discurso corriente que mencionaba Lacan como el *blablabla*, en el niño también se deberá leer lo que se dice en lo que se escucha, y lo que dice en lo que hace, interviniendo para poder construir nuevos sentidos.

Es importante destacar que, quien ocupe la función de analista deberá estar *disponible*. Dicha posición permitirá, por un lado, que frente a la información que llega a sus manos u oídos previamente al encuentro con el niño o la niña, se suspenda todo juicio y consideración. Lo mismo frente a algún pedido explícito de cambio u objetivo a lograr. Por otro lado, admitirá suspender algo de su propio fantasma neurótico y aventurarse en lo espontáneo y emergente de cada encuentro. La posición de disponibilidad permitirá que se abandone la pretensión de comprender y que impere solamente la intención de conocer. En este contexto, la interpretación será un recorte que el analista va realizando sobre todo el material que el niño exponga, y desde allí iniciarán juntos el camino para construir la demanda propia de ese sujeto que acude al espacio analítico. Entonces, aquí es posible preguntarse de qué manera interviene el analista.

El juego no supone una herramienta a utilizar en la clínica psicoanalítica infantil, sino que es el modelo que habilita dicho trabajo. Desde allí se intentará leer al sujeto mientras se construye el vínculo transferencial, sin dejar por fuera la labor de conocer las particularidades de época que atraviesan a las infancias. Es el espacio analítico el que permite instituir o restituir algo del orden del juego, que muchas veces puede encontrarse impedido. Es imprescindible la figura del analista, quien desde su posición de quien no sólo escucha, sino que lee al sujeto en su devenir, en su existencia más íntima y también cultural, incluso hasta como compañero de juego que no intenta dar un juicio de verdad sino percibir cómo se inscriben las vivencias en ese niño o niña en particular, cuales son las experiencias vividas en su interior y de qué modo las articula para sí mismo. Sucede que muchas veces cuestiones pulsionales resultan aplastantes y es necesaria alguna operatoria que permita brindar distancia, orden, jerarquía pulsional. En el contexto de análisis al cual se refiere aquí, ese otro *supuesto saber* será quien introduzca en las escenas lúdicas la función de corte para despejar cuestiones de las que deba separarse el sujeto, o frente a las cuales encuentre un impedimento, habilitando de ese modo a que el deseo circule. Ante la ya

mencionada pregunta sobre la intervención del analista y la lectura realizada hasta el momento, puede decirse que el mismo interviene mediante el juego, y será a través

18

del mismo jugar donde se observarán los efectos, siempre incalculables, de dichas intervenciones.

Antes de concluir, es necesario plantear nuevos interrogantes que remiten a la utilización del objeto de juego, en tanto el mismo ha ido cambiando a lo largo de la historia. Hoy existe un contexto de vidas apresuradas, atravesadas por las pantallas, las redes sociales y diversas tecnologías, y frente a ello las infancias no quedan indemnes. Resulta interesante e imprescindible no desoír esos procesos. Los dispositivos tecnológicos no sólo inciden en la subjetividad sino que los juegos en sí también están atravesados y se han modificado en base a eso. El avance del capitalismo y el mercado ha producido juguetes súper sofisticados y de gran variedad. Ante esto, ¿Es posible que la imaginación y la fantasía encuentren limitaciones, ya que la mayor parte de la actividad está dada por parte de los dispositivos? Sin ánimos de realizar una conclusión fundamentalista de tiempos antiguos atesorados, la intención sería poder cuestionar para construir. Entonces, no sólo han cambiado los objetos con los cuales se juega sino también las formas de jugar, tanto en lo individual como en lo colectivo. Dichas modificaciones, ¿Cómo se ponen en juego en cada niño? ¿Qué infancias se ofrecen actualmente? ¿Qué producciones de subjetividad habilita eso? ¿Qué vínculos se construye con las infancias? ¿Qué espacios habitan y de cuáles son excluidos? ¿Qué discursos la atraviesan? ¿Cuáles son las principales expectativas y problemáticas que se sitúan y a qué intereses responden? Son algunos de los interrogantes que surgen para una futura investigación.

La conclusión fundamental luego de este recorrido se presenta como imposibilidad de concluir en un terreno donde los cambios son incesantes y singulares, y están atravesados por multiplicidad de factores, sobre todo culturales. Es importante quizás mencionar que cada sujeto al que se pueda escuchar y analizar, constituye un texto que se expone de a pequeñas partes, tiempo a tiempo, palabra a palabra, juego a juego y pausa a pausa, sujeto al cual no sólo se irá conociendo y acompañando sino también transformando. Dicha transformación será tanto del analista como del analizante, en tanto el analista es parte, por lo tanto, también será interpelado y modificado en esa interacción.

La intención de esta vía de análisis elegida ha sido constituirse como aporte, desde una perspectiva psicoanalítica, para el trabajo con las infancias. Brindando a su vez lineamientos posibles para la labor de dirigir una cura.

Recorrer esta temática ha permitido conocer la opinión personal que se construyó a partir del curso de los estudios en la carrera de psicología, una especie de análisis que permite que cada uno se entere qué piensa al respecto. Al comenzar el escrito existía la idea de concebir el juego como una herramienta que el analista podía utilizar o no, según considere. Habiendo finalizado este recorte teórico puede afirmarse que no es una cuestión de posicionamiento ni elección, sino que el juego, al ser propio de la infancia en el proceso de humanización que se inicia al nacer, no puede dejarse como quien apoya su campera en una silla aguardando un momento oportuno para utilizarla. Al contrario, el mayor trabajo del analista será conocer los modos en que cada niño juegue para poder intervenir. Además, se ubica como desafío para los analistas el trabajar con sujetos en devenir, con las figuras parentales y transferenciales que participen en dicha construcción, y las influencias culturales. Emerge también la idea de responsabilidad respecto de las palabras y la imposibilidad de calcular sus efectos, teniendo como uno de los factores a considerar el influir sobre los adultos que acompañan las infancias sin brindar valoraciones o indicaciones con el objetivo de preservar totalmente la autonomía, privacidad y sobre todo, respetando el

proceso terapéutico de los niños y niñas, para poder no solo habilitar y sostener la transferencia sino también dirigir hacia una cura donde se construyan posibles respuestas aún no elaboradas pero que sean parte de las historias de los sujetos.

19

6. Referencias bibliográficas

- Baraldi, C. (2005) *Jugar es cosa seria*. Homosapiens.
- Bloj, A. (2004) *Imágenes para construir historias. El niño en las obras de arte*. Rosario, Argentina: Libro Virtual.
- Carli, S. Lezcano, A. Karol, M. & Amuchástegui, M. (1999) *De la familia a la escuela. Infancia, socialización y subjetividad*. Cap. I "La infancia como construcción social". Santillana.
- Freud, S. (1915) Introducción al narcisismo. Volumen XIV. Amorrortu.
- Freud, S. (1986) *La interpretación de los sueños (segunda parte)*. Amorrortu.
- Freud, S. (1992) *El yo y el ello y otras obras*. Amorrortu.
- Freud, S. (1992) *Más allá del principio de placer. Psicología de las masas y análisis del yo y otras obras*. Amorrortu.
- Freud, S. (1992) *Tres ensayos de Teoría Sexual*. Amorrortu.
- García Reinoso, G. Volnovich, J. C. y Baños, L. (2020) *Barquitos Pintados. Experiencia Rosario*. <https://doi.org/10.35305/barquitos.v2i2.16>
- Giberti, E. (2001) *Escuela para padres*. Novedades Educativas.
<https://evagiberti.com/los-que-abandonan-la-ninez/#more-2513>
- Klein, M. (1955) La técnica psicoanalítica del juego: su historia y significado. Studocu. <https://www.studocu.com/es-ar/document/pontificia-universidad-catolica-argentina-santa-maria-de-los-buenos-aires/psicoanalisis-ii/klein-melanie-la-tecnica-psicoanalitica-del-juego-su-historia-y-significado/24138221>
- Lacan, J. (2009) *Escritos 1*. Siglo XXI.
- Lacan, J. (2013) *Las psicosis*. Paidós.
- Lacan, J. (2018) *El sinthome*. Paidós.
- Lacan, J. (2018) *La angustia*. Paidós.
- Marrone, Cristina. (2019) *Barquitos pintados. Experiencia Rosario*. Secretaria de estudios de Postgrado.
- Minnicelli, M. (2013) Niños: ¿Qué es eso llamado infancia? *Letra urbana*. Volumen 13. P.1-12
- Peusner, P. (2006) *Fundamentos de la clínica psicoanalítica lacaniana con niños*. Letra Viva.
- Peusner, P. (2018) *El psicoanálisis con niños es un chino*. Letra Viva.
- Porge, E. (1990) *La transferencia*. La torre abolida.

Winnicot, D. (1971) *Realidad y juego*. Gedisa.

Winnicott, D. (1942) *Por qué juegan los niños*. Neumen.